

VIDA DEL MAESTRO RAMÓN

1. En honor, alabanza y amor del único señor Dios nuestro Jesucristo, cediendo a las instancias de ciertos religiosos amigos suyos,¹ Ramón contó y consintió en que se escribieran las cosas que siguen sobre su conversión a la penitencia y sobre algunos de sus hechos.²

I

2. En la época en que Ramón era senescal de mesa del rey de Mallorca,³ cuando aún era joven y se dedicaba en exceso a la composición de vanas cantilenas o canciones y a otras liviandades mundanas,⁴ estaba una noche sentado junto a su lecho,

¹ La mayoría de los investigadores coinciden en que estos amigos debían de ser los monjes de la cartuja de Vauvert, un monasterio situado en el actual extremo meridional de los jardines de Luxemburgo, en París. La importancia de estos monjes para Llull se puede inferir de lo que se dice en el último párrafo de la *Vida*, como también del hecho de que, más de una docena de años antes de dictarla, les había dedicado un manuscrito latino del *Llibre de contemplació* (París, Bibliothèque Nationale, ms. lat. 3348A).

² Tal como Jordi Gayá ha señalado, la expresión «conversión a la penitencia» tiene fuertes connotaciones franciscanas.

³ En la traducción catalana medieval se le define como «senescal y mayordomo», términos que de hecho son sinónimos. Conviene destacar que en aquel momento Jaime II no era todavía rey, sino heredero al trono de Mallorca.

⁴ Estas «cantilenas o canciones» se deben relacionar con la tradición trovadoresca, entonces todavía muy activa en los territorios de habla catalana; lógicamente, debían de estar escritas en occitano. La composición que se menciona a continuación debía de ser una *canço* trovadoresca.

pronto a componer y a escribir en su lengua vulgar una cantilena sobre cierta dama a la que entonces adoraba con fatuo amor. Cuando empezaba a escribir dicha cantilena, miró hacia la derecha y vio al señor Jesucristo como colgado en la cruz. En cuanto lo vio, sintió temor, y dejando lo que tenía entre manos, se acostó en su lecho para dormir.

3. Al día siguiente se levantó y volvió a sus vanidades habituales, sin preocuparse lo más mínimo por aquella visión. Pasados unos ocho días, en el mismo lugar y casi a la misma hora, cuando se disponía otra vez a escribir y terminar la cantilena, se le volvió a aparecer el Señor en la cruz.¹ Aún más asustado que la primera vez, se metió de nuevo en el lecho y se durmió. Y al día siguiente, despreocupado de la aparición que se le había presentado, tampoco abandonó su devaneo; al contrario, al instante ya se empeñaba en terminar la cantilena que había empezado, hasta que el Salvador se le apareció una tercera y una cuarta vez, siempre de la misma manera.

4. En la cuarta ocasión, o en la quinta, como más comúnmente se cree, que se le presentó esta aparición, él, totalmente aterrorizado, se cobijó en su lecho y estuvo toda la noche reflexionando para intentar comprender qué podían significar aquellas visiones tantas veces repetidas.² Por un lado, su conciencia le

¹ La traducción catalana medieval sitúa esta segunda visión en la noche siguiente a la de la primera, no ocho días después. La versión que aparece en el texto del *Breviculum*, al dorso de la miniatura que muestra a Lull componiendo la canción y observando las cinco apariciones del Cristo crucificado (lámina I), afirma que la figura de Cristo en la cruz se le apareció en la segunda noche más grande, más ensangrentada y con más heridas que en la primera. En la miniatura, por tanto, la medida creciente de las apariciones sucesivas, reproducidas todas juntas en una misma escena, no es una cuestión de perspectiva, como podría parecer al lector moderno, sino más bien una forma literal de representar el contenido del texto.

² El mismo Lull se refiere a estas cinco apariciones de Cristo crucificado en dos poemas, el *Desconhort* y el *Cant de Ramon*. En cuanto a la historia, tantas veces explicada en

decía que aquellas apariciones no pretendían otra cosa que inducirlo a dejar el mundo de una vez para dedicarse en adelante enteramente al servicio del señor Jesucristo. Por el otro, sin embargo, hacía tiempo que su conciencia lo declaraba culpable e indigno del servicio de Cristo. Y así, ora discutiendo consigo mismo sobre estas cosas, ora rogando a Dios con fervor, pasó toda aquella angustiosa noche sin dormir.

Al fin, por don del Padre de las luces,¹ consideró la mansedumbre, paciencia y misericordia que Cristo tuvo y tiene con cualquier pecador, y así acabó entendiendo con certidumbre que Dios quería que él, Ramón, abandonase el mundo y que de ahí en adelante sirviese a Cristo de todo corazón.²

5. Entonces comenzó a revolver en su interior pensando qué servicio placiera más a Dios, y le pareció que nadie podía prestar a Cristo mejor ni más grande servicio que dar la vida y el alma por su amor y su honor,³ y eso sería convirtiendo a su culto y servicio a los sarracenos, que, a causa de su multitud, rodeaban a los cristianos por todas partes.

Pero, con esto, considerándose a sí mismo, comprendió que no tenía bastantes conocimientos para tan gran empresa, porque sólo había aprendido un poco (muy poco, en realidad) de

siglos pasados, de que su conversión habría sido provocada por una dama a la que cortejaba y que finalmente le habría permitido acceder a su alcoba, donde ella se habría desnudado mostrándole su pecho consumido por un cáncer, es una leyenda basada sin duda en un episodio narrado con algunos detalles similares en el capítulo 71 del *Llibre de meravelles*.

¹ Stg 1, 17.

² De acuerdo con afirmaciones recogidas en otras obras, esta conversión debió de tener lugar en 1263, cuando Llull contaba ya más de treinta años. En ese año, significativamente, tuvo lugar la famosa disputa de Barcelona entre el converso y fraile dominico Pau Cristià y el rabino Mosé ben Nahman (Nahmánides), en presencia de Ramón de Penafort y del rey Jaime I. Este acontecimiento podría haber influido en la orientación de Llull hacia el proselitismo y la apologética.

³ El deseo de martirio es un tema recurrente en las obras iniciales de Llull. Véanse, por ejemplo, los versículos 101, 141 y 323 del *Llibre d'amic e amat*.

gramática.¹ Así que, consternado, empezó a sentir mucho desconsuelo.

6. Mientras daba vueltas y más vueltas a estas cosas en su mente lúgubre, he aquí que –sin que él pudiese saber cómo, pues sólo Dios lo sabe– le entró en el corazón un impetuoso y embargador dictado de la mente: que él mismo con el tiempo debía escribir un libro, el mejor del mundo, contra los errores de los infieles.² Pero como no veía la forma ni el modo de hacer tal libro, se quedó muy maravillado. Sin embargo, cuanto más se maravillaba, más crecía en su interior el instinto o designio de escribir dicho libro.

7. Pero consideró de nuevo que aunque el señor Dios le concediese con el tiempo la gracia de escribir dicho libro, él poco o nada podría hacer por sí solo, principalmente porque ignoraba totalmente la lengua arábica, propia de los sarracenos.

Pero con esto le vino a la mente que iría a ver al Papa y a los reyes y príncipes cristianos, con el fin de incitarlos y obtener de ellos que se construyesen, en diversos reinos y provincias apropiados para ello, monasterios donde personas religiosas escogidas y otras idóneas para la tarea fuesen a estudiar los idiomas de los dichos sarracenos y de otros infieles, con el fin de que, entre las personas convenientemente instruidas allí, se pudiese encontrar gente adecuada para ser escogida y enviada a predicar entre los sarracenos y otros infieles y a manifestarles la pía verdad de la fe católica en Cristo.³

¹ Es decir, muy poco latín. Véase más adelante la nota 1 de página 33.

² La frase entre guiones proviene de 2 Cor 12, 2-3. La idea de «un libro, el mejor del mundo, contra los errores de los infieles» se materializó quizá por vez primera en el *Llibre de contemplació* y posteriormente, con toda seguridad, en la primera obra, u obras, del Arte (véase más adelante la nota 3 de la página 35).

³ La idea de impulsar monasterios donde los futuros misioneros aprendiesen lenguas orientales no era nueva –los dominicos ya la habían promovido–, pero Llull dedicó el pri-

8. Habiendo, pues, concebido en su ánimo estos tres propósitos, es decir: aceptar morir por Cristo convirtiendo a los infieles a su servicio; escribir el susodicho libro, si Dios lo concedía, e impetrar la fundación de monasterios para la enseñanza de diversos idiomas, como más arriba se ha dicho, al día siguiente por la mañana subió a una iglesia que no distaba mucho de allí y con devotas lágrimas rogó largamente al señor Jesucristo que lo considerase digno de llevar a término de manera que a Él le fuese grata las tres cosas ya dichas que misericordiosamente había inspirado en su corazón.

9. Al volver a sus asuntos, como aún estaba muy imbuido de la vida y la liviandad mundanales, durante los tres meses siguientes, hasta que llegó la fiesta de san Francisco, fue bastante tibio y remiso a proseguir los tres proyectos que había concebido.¹ Pero en esa misma fiesta, un obispo que predicaba a los frailes menores explicó, en presencia de Ramón, cómo san Francisco había abandonado y rechazado todo lo que tenía para adherirse más firmemente al solo Cristo;² y el mismo Ramón, incitado por el ejemplo de san Francisco, vendió enseguida sus bienes, reservando únicamente una pequeña parte para el sustento de su mujer y sus hijos. Entonces, confiándose totalmente a Cristo, partió, con la intención de no volver nunca a su tierra, a Santa María de Rocamador, a Santiago de Compostela y a otros santos lugares para rogar al Señor y a todos sus santos

mero que consiguió fundar a la formación de frailes franciscanos; véase más adelante la sección 17.

¹ El 4 de octubre. Nótese, aquí y en la frase siguiente, la insistencia en el modelo de san Francisco.

² Es la escena representada a la izquierda de la segunda miniatura del *Breviculum* (lámina II).

que lo guiasen en aquellos tres designios que el Señor, como ya se ha dicho, había introducido en su corazón.¹

II

10. Una vez cumplida dicha peregrinación, se dispuso a emprender el camino de París, con el fin de aprender gramática y alguna que otra ciencia apropiada a su propósito. Pero sus parientes y amigos, y sobre todo fray Ramón, de la Orden de Predicadores, que tiempo atrás había compilado las *Decretales* del señor Gregorio IX, con sus persuasiones y consejos lo disuadieron y lo indujeron a volver a su ciudad de Mallorca.²

11. Cuando regresó, dejó los ropajes fastuosos que había llevado hasta entonces y se vistió con un hábito humilde del paño más grosero que pudo encontrar.³ Y así, en su misma ciudad

¹ El primero de los lugares mencionados es un conocido santuario de la Dordoña. Entre Rocamadour y Santiago de Compostela, es muy probable que Llull siguiese el Camino de Santiago, de manera que los «otros santos lugares» debieron de ser los santuarios y las iglesias que se hallan en la ruta. Los recuadros central y derecho de la primera miniatura del *Breviculum* muestran las visitas de Llull a los dos santuarios mencionados (lámina I).

² El hermano Ramón era san Ramón de Penyafort (c. 1185-1275), compilador de las *Decretales de Gregorio IX* (Papa de 1227 a 1241), que fueron promulgadas formalmente por la Iglesia en 1234. Fue general de la Orden de los Dominicos de 1238 a 1240, consejero de Jaime I el Conquistador, y uno de los impulsores de la labor misionera de los dominicos. Por lo que se refiere a los consejos del viejo dominico, sólo podemos apuntar que aún había en Mallorca restos de una escuela misionera, o que en aquella sociedad de frontera los problemas misioneros debían de ser más cercanos que en el cerrado mundo académico de la Universidad de París. Sin este consejo, en lugar de las técnicas polémicas y lógicas tan innovadoras que Llull desarrolló, muy probablemente se habría convertido en un filósofo o teólogo más convencional.

³ El énfasis en el hábito «de paño grosero» es característico de los franciscanos espirituales (como también de los sufís). A la derecha de la segunda miniatura del *Breviculum* (lámina II), Llull recibe el hábito del mismo obispo que ha predicado el sermón (unos dos años antes).